

## ¿Plebiscito? : pero uno de verdad

Alfredo Acle Tomasini©

Decía Don Jesús Reyes Heróles que en la política mexicana la forma era fondo. Quizá habría que decir ahora que la forma ni siquiera tiene fondo. La lucha por el espacio en los medios, ha llevado a hacer de la declaración cotidiana y reiterada de lo intrascendente, una manera de competencia política, semejante a la que usan los expertos en mercadotecnia, para que cuando el consumidor piense en un tipo de producto, sea una marca específica – *top of mind* - la primera que recuerde.

La alternancia de partidos en el poder público, rompió con los moldes a los que nos habían acostumbrado por años, los políticos que efímeramente lo ejercían. La rigidez del ritual, los gestos con mensajes cifrados y el lenguaje ambiguo no son las normas de conducta que observamos en quienes hoy día lo ostentan. Sin embargo, parece que en un inexorable movimiento pendular, dichos comportamientos han sido sustituidos por actitudes banales, más propias del artista que busca crear una noticia de la nada para llamar la atención, que del funcionario público que pretende servir a los ciudadanos que votaron o no por él.

Más puede el interés por aumentar la popularidad, que el de trascender mediante una gestión efectiva y visionaria. Ingenuos fuimos los habitantes del Distrito Federal al pensar que la elección del Jefe de Gobierno sería lo que permitiría plantear soluciones de largo plazo a nuestros problemas. Desafortunadamente, la visibilidad que da la capital de la República, convierten a su gobierno en una plataforma ideal para aspirar mayores a mayores cosas. Basta decir que el primero que elegimos no cumplió el término de su mandato y, el segundo, es muy probable que no pretenda hacerlo.

Estas circunstancias nos condenan a los capitalinos a seguir padeciendo el mismo cortoplacismo que ha disminuido nuestra calidad de vida. La contaminación, los problemas viales, la inseguridad son el resultado de acciones aisladas, que en muchos casos fueron producto de la incompetencia, la irresponsabilidad y la corrupción. Si hay una obra pública que muestre de manera tangible la combinación de estos elementos es el periférico, basta observar su trazo caprichoso que evitó afectar ciertas propiedades, sus evidentes cuellos de botella, los tramos de aceleración y bahías inexistentes y las peseras que abarrotan sus laterales.

Por eso, lo ridículo no es el hecho de que a ese monumento de nuestros vicios y carencias le queramos montar un segundo piso, sino que se pretenda utilizar, por vez primera, al plebiscito como una forma para justificar el absurdo. Hacerlo sería un ejercicio inútil y costoso, pues aunque se requiera el 1% del padrón electoral– 65,000 firmas – del Distrito Federal para justificarlo, su resultado sólo tendrá carácter vinculatorio para las acciones o decisiones del Jefe de Gobierno, si la opción ganadora representa el 33% del padrón, lo cual significa más de 2,100,000 votos.

Pero más allá de la factibilidad de lograr esa cifra, este tipo de intentos rebaja la trascendencia e importancia que tiene esta forma de consulta popular y que bien podríamos emplear para resolver problemas de mayor trascendencia. Pensemos, en un plebiscito para

proponer, como base para elaborar un proyecto metropolitano de largo alcance, la revisión de los límites de la Ciudad de México a fin de redefinir la dimensión de su territorio.

Parecería una propuesta radical, pero pensemos, por una parte, que la mitad del área metropolitana se encuentra en otras entidades federativas, lo cual da origen a innumerables problemas en la gestión pública y, por la otra, que los límites territoriales internos son demarcaciones, que así como los mexicanos de ayer las establecieron, así los mexicanos de hoy pueden modificarlas.

El plebiscito es desde sus orígenes romanos, una forma de manifestación del parecer del pueblo. Usarlo como encuesta de opinión, no sólo implica desconocer sus alcances e historia, sino faltarle el respeto a la ciudadanía haciéndola desperdiciar sus propios recursos. En un afán populista se le consulta para preguntarle lo intrascendente. Pero no existe el atrevimiento, para plantearle y obtener su fallo sobre los temas de fondo. Esto quizá no agregaría popularidad, pero sí estatura al político de verdad.